

robustos de su guardia, que los aten de piés y manos, y los lancen en medio de las llamas. Pero el Dios de Israel baja allí con ellos, el fuego consume sus ataduras respetando sus personas, y se pasean tranquilamente en el abismo abrasado. Pronto se les oye cantar alabanzas al Señor. Al ver el milagro, Nabucodonosor se acerca al horno y los llama: Siervos del Dios altísimo, salid y venid á mí. El mismo proclamó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, y publicó un edicto en que prohibía que blasfemasen de él so pena de muerte. Este homenaje solemne es una nueva prueba de la misericordiosa providencia del Padre celestial, que no permitía la persecucion de sus siervos y la mezcla de su pueblo con las naciones infieles sino para hacer brillar su gloria, fortalecer á Israel en la fe de sus padres, y preparar paulatinamente á los gentiles á abrazar el culto del verdadero Dios.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado en medio de las llamas á vuestros fieles siervos; dadme su fidelidad hácia vuestra santa ley, y su valor para arrostrar el respeto humano, á fin de libertarme yo mismo de las llamas eternas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *nunca aceptaré carnes en los días en que están prohibidas.*

LECCION XLII.

VATICINIOS DEL MESÍAS.

Continuacion de la historia de Daniel.—Vision de Baltasar.— La explica Daniel.— Es muerto Baltasar.— Daniel en la cueva de los leones.—Ídolo de Belo.— Daniel vaticina la época del nacimiento del Mesías.

Compréndese fácilmente que el milagro que Dios obró en el horno aumentó el favor que gozaban los jóvenes compañeros de Daniel; mas estos virtuosos israelitas no se aprovecharon de su autoridad sino para dar á conocer el Dios poderoso que los habia conservado, y suavizar la suerte de sus compañeros de cautiverio en todo el imperio babilónico.

Nabucodonosor murió, y Daniel fue olvidado en el reinado de su sucesor. El Profeta habia avanzado en edad, y no pensaba mas que en servir á su Dios en el silencio y en orar por sus queridos cautivos; pero el Señor tenia miras bien diferentes que su siervo, pues la Providencia queria servirse del mismo Daniel, aunque anciano y olvidado, para consumir la grande obra de la libertad de su pueblo.

Acababa de subir al trono de su abuelo Baltasar, nieto de Nabucodonosor, y, mas ocupado de sus placeres que del cuidado de su reino, quiso dar un día un magnífico festin al que convidó á los principales señores de su reino. Entregado sin medida á una loca alegría, el Rey bebió con exceso, y mandó en medio de su embriaguez á sus palaciegos que trajesen á la sala del festin los vasos de oro y plata que Nabucodonosor habia arrebatado del templo de Jerusalem, para beber en ellos él y los señores y mujeres que se hallaban en el banquete. El Rey dió el ejemplo, y cada cual hizo alarde de imitarlo, esforzándose á quién profanaria con mas insolencia los vasos sagrados. Bebian en ellos el vino á grandes tragos cantando himnos en honor de sus falsas divinidades; y el desgraciado Baltasar, poniendo de esta suerte el colmo á sus crímenes, llenaba la medida fatal que Dios esperaba para destruir su monarquía.

De pronto viéronse aparecer los dedos de una mano, aplicados á la pared, frente á frente de la araña que iluminaba la sala del festin, y el Rey veia distintamente con sus ojos el movimiento de la mano que escribía. Cambia entonces de color, túrbase su espíritu, sus fuerzas le abandonan, se doblan sus trémulas rodillas, y solo le queda aliento para exclamar: Que se llamen al momento todos los adivinos, augures y mágicos.

Fue obedecido sin tardanza. Cualquiera de vosotros, les dijo, que me lea lo que allí hay escrito y me explique su sentido, le haré vestir de púrpura, le daré un collar de oro, y será el tercer personaje de mi reino. Todos aquellos impostores pusieron manos á la obra; pero fueron inútiles sus esfuerzos. La desesperacion del Rey se aumentaba, volvió á caer en su primer desfallecimiento, y su corte no sabia á quién recurrir en medio de su espanto. Era el momento que Dios esperaba.

Informada la Reina del suceso, baja al salon del festin, y dice al Rey: Señor, tranquilizaos; hay un hombre en vuestro reino á quien los dioses santos comunican su espíritu y se llama Daniel. Haced que venga, y os sacará de vuestra inquietud. El Rey mandó llamar á Daniel, y en el momento que le vió le dijo: ¿Eres Daniel, uno de los hijos de Judá que mi padre trajo en cautiverio? Si me explicas lo que hay escrito en la pared por una mano desconocida, te vestiré de púrpura, llevarás un collar de oro, y serás despues de la Reina y de mí el primer personaje de mi imperio.

Daniel conoció todo el peligro de su situacion; pero hacia cerca de ochenta años que aprendia á no temblar delante de los potentados de la tierra. Gran rey, dijo á Baltasar, no aceptaré vuestros presentes, mas voy á leeros las palabras escritas en la pared y á explicaroslas. Lo que hay escrito se compone de tres palabras: *Mane, Tecel, Fares*, y hé aquí lo que significan: *Mane*; el Señor ha contado los dias de vuestro reinado, y tocan á su fin: *Tecel*; habeis sido puesto en la balanza, y se ha encontrado vuestro peso muy ligero: *Fares*; vuestro reino ha sido dividido y repartido entre los medos y los persas. Á pesar de la turbacion y el espanto que semejante explicacion debió causar en su alma, el Rey obligó al Profeta á que aceptase los honores que le habia prometido.

La ejecucion de la sentencia estaba mas cercana de lo que Baltasar creia. Ciro, rey de los medos y persas, entró aquella misma noche en Babilonia, y sus tropas penetraron hasta el palacio del Rey,

donde fue muerto Baltasar en medio de la carniceria de aquella noche para siempre famosa por un festin sacrilego, por un milagro de la mano de Dios, por la muerte de un poderoso monarca, por el fin de una gran monarquia, y por el cumplimiento de las profecías de tres profetas: de Daniel, que habia anunciado algunos años antes la destruccion del imperio de los asirios, y de Isaías y de Jeremías, que doscientos años antes el uno y setenta el otro habian anunciado circunstanciadamente la toma de Babilonia por los medos y los persas¹.

Daniel gozó bajo la nueva dinastia el mismo favor que con los reyes babilonios. Celosos de su mérito y de su fortuna, los señores de la corte resolvieron perderle; persuadieron al Rey que prohibiese por medio de un solemne edicto que se hicieran votos y oraciones por espacio de treinta dias á ningun hombre ó divinidad en toda la extension del reino, bajo el castigo, para los que fueran encontrados en infraccion, de ser precipitados en la cueva de los leones para que les sirvieran de pasto.

Esta proposicion era en extremo injusta y extraña; pero el Rey temia á los grandes de su corte, los creia necesarios, y fue publicado el edicto. Daniel podia eludir el mandato del Principe, pues le bastaba no ofrecer públicamente sus súplicas al Señor; pero reconoció que el mantener secreto en aquellas circunstancias el culto que rendia al Señor, era lo mismo que negarlo. Continuó, pues, sus habituales prácticas; tres veces al dia abria, segun acostumbraba, las ventanas de su aposento del lado de Jerusalem; doblaba las rodillas, oraba y adoraba á su Dios. Se le espiaba, y él lo sabia. Luego que le sorprendieron en oracion, sus enemigos triunfantes corrieron á contar al Rey el desprecio con que miraba sus mandatos. Daniel, le dijeron, ese esclavo judío que es vuestro mas amado favorito, es el primer infractor de vuestro edicto.

Al oír el nombre de Daniel, el Rey sintió una sincera afliccion, porque amaba á aquel grande hombre, respetaba su virtud, honraba su vejez, y conocia todo el valor de sus servicios. No dió respuesta alguna á los delatores, y mandó que le dejasen solo hasta que declarase su intencion.

Su designio era salvar á Daniel. Comprendiéronlo sus enemigos, y volviendo á entrar en el aposento del Rey, le dijeron con ademan

¹ Isai. xlii, xlii, xlii; Jerem. xxvii, l, li.

amenazador: No sabemos, señor, lo que contiene vuestra justicia; pero sabed que no sois superior á las leyes, y que existe una fundamental entre los medos y los persas que establece que el príncipe no puede revocar sus propios edictos. El Rey, intimidado, mandó llamar al Profeta, y enternecido con la presencia de tan venerable anciano, solo le dijo estas palabras: Marcha, Daniel, á donde te arrastran tus enemigos; Dios, á quien no has cesado de adorar, te libertará. Estaba tan convencido de esto, que quiso seguir á los ejecutores de la sentencia. Adelantóse hasta el borde de la cueva acompañado de toda su corte, y habiendo sido arrojado Daniel, mandó cerrar la entrada con una piedra que selló con su sello y con el de todos los señores que le seguian, para que la malicia de los hombres no añadiese nada á la crueldad de las fieras.

El Rey se volvió á su palacio sumido en una inquietud mortal, y no pudo tomar alimento ni descanso. Al asomar el día se levantó para ir á la cueva de los leones. Acercóse temblando, y bañados los ojos en lágrimas exclamó con voz lastimera: Daniel, fiel servidor del Dios vivo, ¿te ha podido libertar tu Dios de la furia de los leones? Si, señor, respondió tranquilamente Daniel; mi Dios me ha enviado su Ángel que ha cerrado la fauce de los leones, y no me han hecho mal alguno.

El Rey en el colmo de la alegría mandó que se sacase inmediatamente á Daniel de la cueva. No se encontró en su cuerpo ninguna herida, y viendo por sus propios ojos el Monarca infiel lo que puede la fe del verdadero Dios para salvar á los que ponen en él su confianza, no se resistió ante un milagro tan palpable, adoró á este Dios soberano con toda la sinceridad de su corazón, y mandó arrojar á los acusadores de Daniel en la cueva. Aun no habian llegado los desventurados al fondo del lago, y los leones habian desgarrado ya sus carnes y despedazado sus huesos.

Daniel, mas poderoso que nunca, empleó todos los recursos de su sabiduría para arrancar de la idolatría al nuevo rey que acababa de sentarse en el trono de Babilonia. Este rey era el gran Ciro. Al llegar á sus Estados este Príncipe encontró un ídolo llamado Belo, en gran veneracion entre los babilonios; declaróse su adorador, y todos los dias iba á prestarle homenaje. Daniel se negó siempre á seguirle al templo del falso dios. El Rey notó la ausencia de su ministro. ¿Por qué, le dijo, no adoras á Belo? Porque, respondió el santo anciano, no adoro los ídolos hechos por la mano de los hom-

bres. Hay un Dios vivo que crió el cielo y la tierra, que es el Señor absoluto de todas las criaturas; éste es el que adoro desde mi niñez, y adoraré siempre. Pues, ¡cómo! replicó Ciro. ¿No es Belo un dios vivo? ¿No ves cual come y bebe todos los dias?

En efecto, el ídolo de Belo era una enorme estatua á la cual se servia todos los dias sin falta doce grandes medidas de harina del trigo mas puro, cuarenta carneros, y seis monstruosos vasos del mejor vino, lo cual solo formaba una de sus comidas, y jamás quedaba nada para el dia siguiente. Señor, respondió Daniel sonriéndose, os engañan; ese pretendido Dios no es mas que una estatua de barro cubierta de bronce. Os respondo de que jamás ha comido ni bebido.

Asombrado Ciro, mandó llamar á los sacerdotes de Belo, y les dijo con tono de soberano: Si no me decís quién se come los manjares y el vino que se sirven á Belo, os daré muerte á todos; pero si me mostrais que el dios se alimenta con ellos, daré muerte á Daniel para vengar á Belo de las blasfemias que contra él ha vomitado. Consiento, dijo Daniel; acepto la condicion.

Los sacerdotes del ídolo triunfaban anticipadamente, y se imaginaban ya ver derramar la sangre de su enemigo. Eran en número de setenta, sin comprender sus mujeres, sus hijos y sus nietos; habian arreglado debajo de la mesa del altar una entrada secreta de que no temian se tuviese la menor sospecha, y por ella entraban todas las noches y se llevaban los manjares, la harina y el vino. Estaban seguros del éxito de su ardid.

Suplicaron al Rey que se trasladase á su templo con Daniel, y le dijeron: Vamos á salir, y vos, Príncipe, haced traer los manjares, la harina y el vino acostumbrados; haced cerrar la puerta del templo, y selladla con vuestro sello real. Volved mañana temprano, y si veis que Belo no lo ha consumido todo, durante la noche, nos daréis la muerte; y si por el contrario se lo ha comido todo, daréis la muerte á Daniel que ha blasfemado de nuestro dios y calumniado á sus ministros. Luego que salieron, el Rey mandó colocar delante de Belo su alimento acostumbrado. Daniel por su parte mandó á algunos de sus criados que le trajesen ceniza y un harnero, y la esparció sobre el pavimento del templo en presencia del Rey, á quien admiraba tan extraña maniobra, cuyo misterio no penetraba. El Rey salió en seguida del templo acompañado de Daniel, y mandó cerrar la puerta que selló con su anillo.

Los sacerdotes de Belo entraron segun su costumbre á media noche

con sus mujeres y sus hijos en el templo por la secreta abertura que habian preparado. Se llevaron todo lo que el Rey habia mandado colocar, y celebraron juntos un gran festin en que la alegría les hizo decir indignas mofas sobre la sencillez del buen Rey, é insultos amargos contra los intentos de su anciano ministro; pero no pensaban en la situacion en que se hallaban.

El Rey se levantó muy temprano, se hizo acompañar por Daniel, y se dirigió al templo. ¿Están enteros los sellos? dijo á su ministro cuando llegaron á la puerta. Están enteros, Príncipe, respondió Daniel. El Rey mandó abrir la puerta, y viendo que no habia quedado nada sobre la mesa del altar, exclamó con transporte: ¡Qué grande sois, ó Belo, y de qué modo tan patente justificais la sinceridad de vuestros sacerdotes! Daniel se puso á reir, y asiendo del Rey para impedir que entrase, le dijo: Examinad el pavimento del templo, y decidme qué huellas veis en él. Se burlan de mí, exclamó fuera de sí el Príncipe; veo huellas de hombres, de mujeres y de niños; y luego mandó prender los sacerdotes de Belo y sus familias, y les intimó que dijeran qué significaban aquellos pasos que veía. Le mostraron temblando de miedo las aberturas ocultas por donde entraban y se apoderaban de todo lo que se servía al ídolo. El Rey les mandó dar muerte á todos, y dejó el ídolo á discrecion de Daniel, que lo derribó en el acto, lo hizo pedazos, y destruyó el templo que se le habia consagrado. De este modo atrajo Daniel á Ciro para que reconociera al Dios de Israel, y diera la libertad á los judíos.

Daniel es, como hemos dicho, el último de los grandes Profetas. En prueba de la verdad de sus vaticinios relativamente al Mesías, anunció varios acontecimientos que se realizaron á los ojos de los mismos judíos y babilonios. El primero es la sucesion de los cuatro grandes imperios: vaticina que el imperio de los asirios, cuyo rey era Nabucodonosor, pasaria á los medos y persas; que el de éstos pasaria á los griegos mandados por Alejandro, y finalmente que el imperio de los griegos pasaria á los romanos ¹. El segundo es la época precisa en que Jerusalem, destruida por Nabucodonosor, será reedificada ². Todo esto se cumplió al pié de la letra, en lo que están acordes los judíos y los mismos historiadores profanos ³.

¹ Dan. 11, 36 et seq.

² Dan. 1x, 25.

³ Bossuet, *Historia universal*, parte I.

Pasando al Redentor, anuncia que el Mesías tan deseado vendrá dentro de cuatrocientos noventa años; que será sentenciado á muerte; que los judíos le renegarán, y cesarán de ser su pueblo; que serán destruidos el templo y la ciudad de Jerusalem; que el Mesías establecerá una nueva alianza; que cesarán los sacrificios de la antigua ley, y que entonces empezará la desolacion en que vemos aun en el dia al pueblo deicida. Para entender bien las palabras de Daniel, es preciso advertir que habia entre los judios, así como en otros pueblos, dos especies de semanas, las de dias como las nuestras, y las de años que eran de siete años. De estas últimas se trata en la célebre profecía de Daniel, cuyo texto es el siguiente. El arcángel Gabriel habla á Daniel, y le dice: *Setenta semanas, es decir, cuatrocientos noventa años, se han fijado sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída la Justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecía. Recibirá la uncion el que es el Santo de los santos, el Cristo será sentenciado á muerte, y el pueblo que le renegará, no será ya su pueblo. Un pueblo extranjero vendrá con su jefe, destruirá la ciudad y el santuario que serán enteramente arruinados, y seguirá á la guerra la desolacion que ha sido resuelta. El Cristo confirmará su alianza con el mundo; los sacrificios serán abolidos entonces, la abominacion y la desolacion serán en el templo, y la desolacion no tendrá ya término ¹.*

Queda demostrado como la luz del sol por esta profecía, primero: que ha venido el Mesías. En efecto, Daniel anuncia que la ruina del templo y de la ciudad de Jerusalem debe seguir á la muerte del Cristo. El Cristo será sentenciado á muerte, dice, y la ciudad y el santuario serán destruidos. Jerusalem fue tomada y destruida, y su templo incendiado por los romanos el año 70 de la era vulgar: luego el Cristo vaticinado por Daniel habia venido y habia sido muerto antes de esta época, y en vano esperan aun los judíos al Mesías.

Segundo: queda demostrado por la misma profecía que el Cristo, ó el Mesías, vaticinado por Daniel es nuestro Señor Jesucristo.

En efecto, el Mesías anunciado por Daniel debe expiar las iniquidades del mundo. Nuestro Señor expió las iniquidades del mundo, y de él decia san Juan Bautista: Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que quita los pecados del mundo. — El Mesías vaticinado por Da-

¹ Dan. 1x.

niel debe traer á la tierra el reinado de todas las virtudes, y nuestro Señor trajo á la tierra el reinado de todas las virtudes aboliendo la idolatría y llamando á todos los pueblos al conocimiento del verdadero Dios.— El Mesías vaticinado por Daniel debe cumplir en sí todas las profecías, y nuestro Señor cumplió literalmente todas las profecías, ya en su nacimiento, ya en su vida, ya en su muerte y en su resurrección.— El Mesías debe ser el Santo de los santos, Dios, en una palabra, y nuestro Señor es el Santo por excelencia, tan santo que desafiaba á sus mas mortales enemigos á que encontrasen en él algun pecado, y para probar que era Dios hizo una multitud de milagros que nunca han podido negar los judíos, como el de la resurrección de Lázaro, por ejemplo.— El Mesías vaticinado por Daniel debe establecer una nueva alianza, y solo nuestro Señor ha establecido una nueva alianza con el mundo.— El Mesías vaticinado por Daniel debe ser muerto, y á causa de esta muerte el pueblo judío dejará de ser el pueblo de Dios, y Jerusalem y el templo serán destruidos; nuestro Señor fue muerto por los judíos que le renegaron, y desde esta muerte y á causa de ella, segun la predicción misma de nuestro Señor, los judíos cayeron en el estado de desolación en que los vemos en el día, y la ciudad y el templo de Jerusalem fueron arruinados hasta sus cimientos. Nuestro Señor reunió, por consiguiente, todos los caracteres del Mesías vaticinado por Daniel, y estos caracteres no corresponden mas que á él solamente: luego nuestro Señor es el Mesías vaticinado por Daniel.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber anunciado con tanta precision el nacimiento y los caracteres del Mesías: reconozco con transporte á este divino Mesías en nuestro Señor Jesucristo, que reunió en sí solo todos los caracteres del Mesías vaticinado por Daniel.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré por la conversion de los judíos.*

LECCION XLIII.

VATICINIOS DEL MESÍAS.

Edicto de Ciro. — Vuelven los judíos á la Judea. — Aggeo, profeta. — Zacarías, profeta. — Reedificanse la ciudad y el templo de Jerusalem. — Malaquías, último profeta.

Los esfuerzos de Daniel para conseguir la libertad de los judíos y su regreso á su patria fueron por fin coronados con el éxito mas brillante. Ciro dió aquel famoso edicto por el cual concedía á los judíos, cautivos en el imperio de Babilonia, una completa libertad de volver á Jerusalem, reedificar el templo, y poblar otra vez á Jerusalem. Apresuráronse á tomar las medidas necesarias para aprovecharse inmediatamente del permiso del Príncipe. Como no era posible que todos los judíos volviesen á un tiempo á un país inculto, donde la tierra no producía fruto alguno cerca de setenta años hacia, solamente una parte de los cautivos se puso en marcha bajo la direccion del gran sacerdote Josué y de Zorobabel, jóven príncipe de la familia de David. Ciro les devolvió todos los vasos sagrados del templo de Jerusalem; los hizo contar en su presencia, y se encontraron hasta cinco mil cuatrocientos tanto de oro como de plata.

Partieron el décimo mes del septuagésimo y último año del cautiverio. El viaje fue largo, porque Jerusalem distaba de Babilonia, cerca de trescientas leguas, y conducian las familias enteras, ancianos, mujeres y niños. Despues de cuatro meses de una marcha penosa, pusieron, por fin, el pié en la tierra de Judea. Cuando llegaron, se hizo la enumeración del pueblo, y se vió que ascendía á cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas. El primer cuidado de los desterrados de regreso á su patria, fue erigir un altar al Señor en tanto que los recursos les permitian edificar un templo. Un año despues pusieron los cimientos; pero sobreviniendo mayores dificultades, segun la profecía de Daniel, la obra interrumpida no se continuó hasta algunos años mas adelante.

Josué, Zorobabel, y sobre todo los ancianos que habian visto el